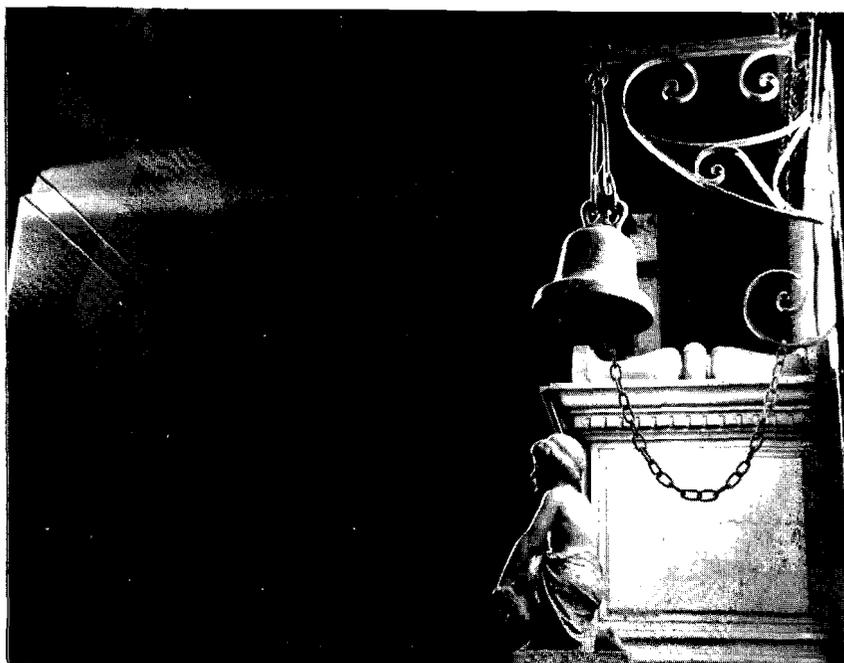


Educación y comunicación para la diferencia



Edgar Naranjo, Ecuador

Daniel Prieto reflexiona en torno al pensamiento y práctica de Simón Rodríguez y Paulo Freire, enfatiza la importancia de la educación para la diferencia, comprometida con la transformación de nuestras sociedades, frente a un igualamiento (que no es lo mismo que igualdad) por exclusión y por opresión. Sobre la base de su experiencia educativa, plantea la validez de la mediación pedagógica que acompaña al aprendizaje; es decir, a la tarea de construirse y de apropiarse del mundo y de uno mismo, desde el umbral del otro.

Educación para la diferencia nos sitúa en la gran utopía pedagógica latinoamericana de Simón Rodríguez y Paulo Freire. El primero soñó un proyecto educativo para nuestros países, intentó su construcción en Bolivia y fue perseguido por la reacción que se oponía a una institución abierta a los pobres. El segundo inició un proceso de transformación en su país, fue encarcelado, salió al exilio y comenzó, en Chile, a producir una propuesta pedagógica en la que todos

hemos bebido, falleció este año lo cual pasó casi desapercibido para nuestra prensa.

Igualdad, no igualamiento

Cuando digo "educación para la diferencia" contrapongo la expresión a "educación para el igualamiento". El concepto de igualdad en educación tiene un sesgo: el igualamiento. Cuando un sistema, un establecimiento o un educador fuerzan respuestas únicas, uniforman voces, niegan la expresión y la posibilidad de construir y construirse, buscan en el fondo un igualamiento. Así, si un educador repite año a año lo mismo, es porque considera que nada cambia en lo que ofrece y que quienes lo escuchan son siempre los mismos.

El primer compromiso de la educación es con el aprendizaje de sus estudiantes. Cuando todo se organiza para

dificultarlo, para reducirlo a su mínima expresión, para prostituirlo en un juego de complicidades destinado a encubrir la falta de iniciativa y la mediocridad; para postergarlo y para negarlo, se cae en los anchos caminos del sinsentido. Una relación educativa carece de sentido cuando todo se vuelve en ella parodia, mentira, juego de espejos en el cual solo cuentan los contenidos repetidos de un lado y de otro.

Cuando el ambiente y las opciones personales invitan al desapasionamiento,

DANIEL PRIETO CASTILLO, argentino. Escritor, comunicador y docente en la Universidad Nacional de Cuyo. E-mail: dprieto@uncurec.unar.edu.ar. Este artículo fue presentado en el Encuentro Internacional de Radio (Santiago, 1997) organizado por *Radio Nederland* y se basa en la experiencia y esperanzas compartidas con José Pérez Sánchez, Amable Rosario, Antonio Cabezas, José Fernández, Félix Clercx, Jaap Swart, Walter Alves, en el trabajo de *Radio Nederland Training Centre (RNTC)*.

cuando el otro se vuelve un número, un rostro más allá del cual no hay nada; cuando cada clase se parece a la otra, en una cadena estéril de miserables eslabones; cuando nada vibra, nada crece, nada respira, sino una palabra monótona, cargada de tedio; la relación de enseñanza aprendizaje pierde sentido y se vuelve apenas una excusa para ganarse un salario o para rodar sin mayores sobresaltos hacia un título.

Estas formas de igualamiento fueron siempre, y siguen siéndolo, enemigas de la diferencia, tanto individual como grupal. Hay en muchos espacios educativos un terror a la diferencia, a su manifestación y a su posible construcción. Esto tiene su explicación: la diferencia encierra lo imprevisible y, por lo tanto, lo que podría no ser controlable. Si todos son iguales, es posible prever comportamientos, ninguna aventura, ningún riesgo por delante. Una pedagogía del igualamiento no aventura nada, se estrecha en viejas técnicas y en viejos contenidos, enseña cadáveres y pretende educar a futuros cadáveres.

Don Simón Rodríguez intentó tempranamente en nuestros países una educación para la diferencia, por una sencilla razón: América aparecía a sus ojos, a sus sueños y a su acción como el continente de la Utopía. Esta tierra era la que había anticipado Moro, pero al futuro se llegaba con esfuerzo. La síntesis de su ideario puede expresarse en la frase siguiente: el buen maestro enseña a aprender y ayuda a comprender.

No se trataba de igualar a nadie, ni de enseñar a repetir. Por el contrario, se trataba de abrir alternativas para diferenciarse del maestro y para superarlo: "La juventud americana necesita abrir los ojos sobre su situación política, y los niños tienen que aprender a leer; los jóvenes que han de reemplazar a los padres de hoy, deben pensar y escribir mejor que sus abuelos, si quieren que en América haya patria y lengua".

La condición de posibilidad de la utopía estaba dada por la educación, como camino válido para sacar adelante estas tierras. Y una educación que formaba seres con una sólida percepción de sí mismos, con un lenguaje e ideas propios, con amor propio y con capacidad de solidaridad y de relación con el otro.

Paulo Freire escribía en una de sus últimas publicaciones una preciosa refle-



xión sobre esta construcción de la diferencia: "Me gusta ser persona porque, como tal, percibo a fin de cuentas que la construcción de mi presencia en el mundo, que no se consigue en el aislamiento, inmune a la influencia de las fuerzas sociales, que no se comprende fuera de la tensión entre lo que heredo genéticamente y lo que heredo social, cultural e históricamente, tiene mucho que ver conmigo mismo. (...) Me gusta ser persona porque, aun sabiendo que las condiciones materiales, económicas, sociales y políticas, culturales e ideológicas en que nos encontramos generarán siempre barreras de difícil superación para la realización de nuestra tarea histórica de cambiar el mundo, también sé que los obstáculos no se eternizan".

Freire fue consecuente hasta su muerte con su ideario. El peso de las condiciones materiales, económicas, sociales y políticas, culturales e ideológicas no es suficiente como para cerrar el paso a la construcción de la diferencia, porque si fuera absoluto, si no dejara resquicio alguno, serían imposibles mi palabra y mi obra.

La educación popular

Rodríguez y Freire forman parte de la tradición de la educación popular de América Latina. El primero afirmaba: "No nos alucinemos, sin educación popular no habrá verdadera sociedad". El segundo nos legó su *Pedagogía del oprimido*, pieza inmensa de una obra que no dejó nunca de enriquecer. Esa educación se

empezó en la construcción de la diferencia en todos nuestros países. Ello frente a un igualamiento por exclusión y por opresión, a un igualamiento por mortalidad y falta de alimentos, por condiciones de miseria y por reducción al máximo de oportunidades de crecimiento personal y grupal. Sigue vigente en nuestra región un igualamiento por el analfabetismo, por el desempleo, por el deterioro del contexto natural y urbano, por la miseria.

No es sencillo construir la diferencia en tales situaciones. Muchas expresiones de la educación popular lo han intentado y continúan haciéndolo. Han sido discutidas terminologías, revisadas metodologías, reconocidos errores de procedimiento y de lectura de determinadas situaciones, pero el propósito sigue en pie: abrir espacios a un aprendizaje, promoverlo y acompañarlo para que emerja la diferencia.

Las voces múltiples en un solo mundo, al que aludía la UNESCO a través del informe McBride, son individuales, grupales, institucionales, de distintos sectores sociales, de regiones, de países. Y uno no puede ofrecer lo que no ha desarrollado, lo que no ha construido desde los primeros años hasta el fin de su vida.

La mediación pedagógica

En el contexto del trabajo con el RNTC nació la propuesta de la mediación pedagógica. Con Francisco Gutiérrez Pérez trabajamos durante más de cinco años en Guatemala en programas con las universidades Landívar y San Carlos, tanto con estudiantes como con profesores. Se trataba de una apuesta universitaria en la cual pretendimos jugar viejos y queridos ideales de la educación popular. Caracterizamos con Francisco, la mediación pedagógica como la promoción y el acompañamiento del aprendizaje en el horizonte de una educación concebida como participación, creatividad, expresividad y relacionalidad. Utilizamos, con toda firmeza, los cuatro últimos términos:

Participación: abrir espacios a la participación del propio educando en su aprendizaje, a fin de superar las tan denunciadas situaciones de pasividad y de mera recepción. Y hablamos de participación y no de participacionismo, forma ésta muy difundida, verdadera estafa a las

posibilidades de un involucramiento en el proceso, verdadera ilusión de participación.

Creatividad: En el sentido de construir, redescubrir, reinventar e inventar el mundo, que a cada ser humano le cabe tal tarea y no son pocos los llamados a interferir en ella, a frustrarla.

Expresividad: Una labor esencial de la educación es la de promover y acompañar la capacidad de comunicarse, de expresarse con fluidez en distintos registros.

Relacionalidad: "Todo aprendizaje, escribió don Simón, es un interaprendizaje". Y dijo más: "estamos aquí para entreaprendernos". Mucho se viene insistiendo en los últimos años en el valor del aprendizaje cooperativo, en la importancia de aprender con los otros y de los otros.

Podemos expresar esta tarea de esta forma: llamamos pedagógica a una mediación capaz de promover y acompañar el aprendizaje, es decir, la tarea de construirse y de apropiarse del mundo y de uno mismo, desde el umbral del otro, sin invadir ni abandonar. La tarea de mediar culmina cuando el otro ha desarrollado las competencias necesarias para seguir por sí mismo.

En esto último seguimos de cerca a Simón Rodríguez cuando expresaba: "Ha acabado su educación no quiere decir que ya no tenga más que aprender, sino que se le han dado medios e indicado modos de seguir aprendiendo".

Los puentes

Entonces, el educador y las instituciones educativas son mediadores. La mediación consiste fundamentalmente en la tarea de tender puentes entre lo vivido y lo por vivir, lo sabido y lo por saber, lo cercano y lo lejano, lo construido y lo por contruir. Esos puentes son la clave de cualquier aprendizaje. Si no existen, si no se pasa por ellos, sobrevienen desde la exclusión hasta la pérdida de energías y de entusiasmo. La construcción es de ambos lados, hasta que uno, como educador y como institución, se retira porque el otro se mueve con alas propias, las suyas, no las prestadas o las impuestas.

Aprendimos en aquella experiencia del RNTC que esos puentes son necesarios en todo el proceso educativo: en

las relaciones presenciales, en los materiales, en la tarea grupal, en la relación con el contexto, en la relación con uno mismo. El eje de la propuesta no podía ser otro que la comunicación en la educación. La posibilidad de tender puentes ancla en la comunicabilidad que entiendo como la máxima intensidad en las relaciones presenciales, grupales, con el contexto, a través de los materiales y diferentes medios y con uno mismo.

Y entiendo máxima intensidad como un sentirse bien con el otro, con los otros, entusiasmado, contenido, sereno, inmerso en un ambiente de seguridad pedagógica, respetado, reconocido en los propios tiempos, en la propia historia y en las propias percepciones.

La comunicabilidad en el estudiante se produce cuando se le abren caminos para que emerjan sus expresiones y percepciones, para que se manifieste en un aula, en un conjunto de seres, por masivos que sean, la diferencia. La comunicabilidad en el educador se produce cuando se es dueño de lo que denominamos la **madurez pedagógica**: ser dueño del contenido, de la cultura general y de los recursos expresivos, gestuales, a través de distintos medios, para

La condición de posibilidad de la Utopía estaba dada por la educación, como camino válido para sacar adelante estas tierras. Y una educación que formaba seres con una sólida percepción de sí mismos, con un lenguaje e ideas propias, con amor propio y con capacidad de solidaridad y de relación con el otro.

interactuar con el otro, para tender los puentes necesarios entre temas y cultura y quienes se aventuran a construir a partir de ellos.

La comunicabilidad con el grupo se produce cuando ha sido posible generar el entusiasmo y la alegría de compartir con el otro, de construir juntos, de expresar lo propio y escuchar lo ajeno. La comunicabilidad en los materiales y recursos se produce cuando son elaborados para que pueda mantenerse un diálogo con ellos, para sentirlos cercanos y no muros de exclusión, para que permitan ir desde ellos a otros seres, al contexto y a uno mismo.

La comunicabilidad con uno mismo se produce (en el estudiante y en el educador) cuando se está inserto en un sistema de enseñanza aprendizaje que permite partir de la propia experiencia, revalorizar mi pasado, mis recursos expresivos, mis percepciones, mis sueños, para involucrarlos con fuerza en el acto educativo.

Una propuesta de este tipo no puede sino llenarse de seres y de la vida misma. Los puentes se tienden a base de la recuperación de la memoria, del reconocimiento mutuo, de la apelación a experiencias, del juego entre lo cercano y lo lejano, de la búsqueda de alternativas de comprensión y de expresión.

Es así como entendemos la construcción de la diferencia: construcción de sujetos bien plantados en sí mismos, seguros de sus fuerzas y de sus palabras, construcción de grupos y de cultura en los que sea reconocida, buscada y respetada la diferencia.

Sobre la base de la mediación pedagógica hemos vivido distintas experiencias educativas en el contexto de América Latina durante todo lo que va de la presente década, tanto en la labor presencial como en la producción de materiales. Ello nos ha permitido comprobar que la mediación así entendida es válida para cualquier situación: la educación formal o no formal, primeros años o relación con adultos, escuela primaria o universidad. En este último espacio, tan dado a menudo a confundir el aprendizaje con sufrimiento y con resignación a la palabra del docente o de los textos, hemos tenido experiencias preciosas tanto con educadores como con estudiantes, en las cuales la mediación ha estado más presente que nunca.

Los medios de comunicación

¿Pueden los medios de comunicación participar en este intento de educación para la diferencia? Lo han venido haciendo desde hace décadas, no en vano existe una Asociación Mundial de Radios Comunitarias, no en vano se ha constituido el Grupo de los Ocho, no en vano organizaciones latinoamericanas continúan impulsando alternativas en todos los rincones de la región.

Se trata de voces diferentes, con una explícita vocación social, apoyadas en algunos países, consideradas un precioso tesoro para una sociedad, perseguidas hasta con legislación, en otros, como si solo quedara espacio en este mundo para los monopolios y las grandes voces concentradas a escala nacional e internacional.

Las radios orientadas hacia la construcción de la diferencia, hacia la consolidación de la ciudadanía, las radios comunitarias, educativas, universitarias, debieran ser una prioridad para cualquier sociedad, una cuestión de Estado, de política nacional, de derecho elemental para todos los habitantes, en especial para aquellos que encuentran alternativas a la construcción de puentes entre su realidad inmediata y la realidad regional, nacional e internacional. No siempre está claro todo esto, y asistimos a menudo a verdaderas batallas en el plano de las legislaciones, cuando no al ahogo financiero o a la intervención lisa y llana.

No es fácil abrir alternativas a la diferencia con un conjunto de grandes voces indiferenciadas. Es cierto que no nos asustan, luego de largas décadas de estudios y de experiencias, las posibles mecánicas e influencias entre mensajes y conductas, entre manipulaciones y conciencias. Sabemos más de la recepción y de las múltiples lecturas y usos de la oferta mediática. Pero ello no nos puede llevar, y mucho menos en una tradición como la latinoamericana, a desentendernos de una indiferenciación de la programación en los grandes medios o en los grandes monopolios.

Porque frente a una comunicación para la diferencia y una comunicación de la diferencia, campean la homogeneización por el lugar común, por la violencia, por la cultura de la pavada, por la descontextualización, por la difusión de versiones tendenciosas, por la mediocridad

evidenciada en un menosprecio al público a través del ofrecimiento de programas mal hechos, sin el más mínimo trabajo en el formato o en los recursos técnicos.

No se trata de comenzar a dar clases a través de los medios ni de pedirles que se sumen a una cruzada en favor de la educación de la población. Pero no podemos dejar de decir que se ofrecen alternativas a una educación para la diferencia con producciones bien mediadas, bellas, capaces de relacionar el contexto inmediato con el mediato, capaces de tender puentes en todas direcciones para promover y acompañar las propias construcciones.

Hoy, la diferencia pasa por la construcción de la ciudadanía. Para promoverla y acompañarla necesitamos un esfuerzo de mediación en el que no pueden estar ausentes ni los medios educativos y comunitarios ni los medios

Porque frente a una comunicación para y de la diferencia campean la homogeneización por el lugar común, por la violencia, por la descontextualización, por la difusión de versiones tendenciosas, por la mediocridad evidenciada en un menosprecio al público a través del ofrecimiento de programas mal hechos.





Manuela Bonilla, Ecuador

Salvar Babel significa salvar la diversidad lingüística y cultural del planeta.

comerciales, ni el Estado ni las organizaciones no gubernamentales, ni los distintos sectores de la sociedad ni los organismos internacionales. Necesitamos más que nunca de la capacitación y de la producción para abrir alternativas en un espacio social en el cual están presentes la posibilidad de la diferencia y de la homogeneización y la indiferencia.

Salvar Babel

Puesto que nos ha preocupado siempre la posibilidad de un discurso dominante, la presencia de una sola voz que todo lo diría, los trabajadores de la comunicación social hemos venido insistiendo desde hace décadas en nuestros países en la necesidad de la multiplicación de las voces, la emergencia de la diferencia en la sociedad.

De alguna manera estamos, por ello mismo, del lado de la mítica Babel de los babilonios. Jean Vogue cita en su libro *El complejo de Babel*, la expresión de Mühlhäusler "salvar Babel", frente a lo que puede significar la revolución de las tecnologías de la información. Salvar Babel significa salvar la diversidad lingüística y cultural del planeta, significa

permitir a todos los actores de esta preciosa ecología que continúen existiendo y puedan desarrollarse como especies fuertes y débiles. Si Babel es la diferencia, y si la diferencia no es sinónimo de caos y de incomunicación, es preciso salvar Babel también al interior de cada cultura, de cada país.

Pero las salvaciones no caen del cielo (digresión: en algunos casos sí, como cuando la Guerra del Golfo, esa que no existió según Baudrillard, que consistió en juegos electrónicos vistos desde una pantalla, de acuerdo con lo que comentaban los pilotos norteamericanos cuando al bombardearla de noche comparaban Bagdad con un árbol de Navidad, pero abajo no había precisamente un arbolito de ese tipo; todo lo cual llevó a decir a Benedetti recordando las "salvaciones" de Grenada, Panamá y Kuwait: "por favor no nos liberen"), se construyen palmo a palmo en lentos procesos, en marchas y contramarchas, en aprendizajes y errores.

Salvar Babel construyendo juntos, profundizando los lazos y las prácticas de las que ya existen, insistiendo en la tarea de aportar a la construcción de la ciudadanía, insistiendo en la labor edu-

cativa y en la producción lanzada a comunicar la diferencia.

RNTC

He aludido a lo largo de esta presentación a nuestra experiencia del RNTC. Quiero cerrar con ella. Decir que los años de pertenencia a ese grupo fueron los más intensos de mi vida en aprendizaje y en la alegría de sentirse acompañado en la reflexión, la tarea de educar y la producción. Decir que los queridos amigos que integraron aquella aventura continúan significando mucho para mí y para el contexto latinoamericano.

Fue, es, precisamente eso: una aventura en el precioso sentido de aventurarse y aventurar. Frente a los sistemas ultra-racionalistas el concepto de aventura aparece como una suerte de pecado, ligado al aventurerismo. Pero cuando lo entendemos como la posibilidad y la capacidad de arriesgar, de aventurar la propia vida, la propia palabra y la propia imaginación en una empresa por la cual vale la pena jugarse, la aventura se convierte en fuente inagotable de novedad y de creación.

De la aventura así entendida florece la diferencia. ●